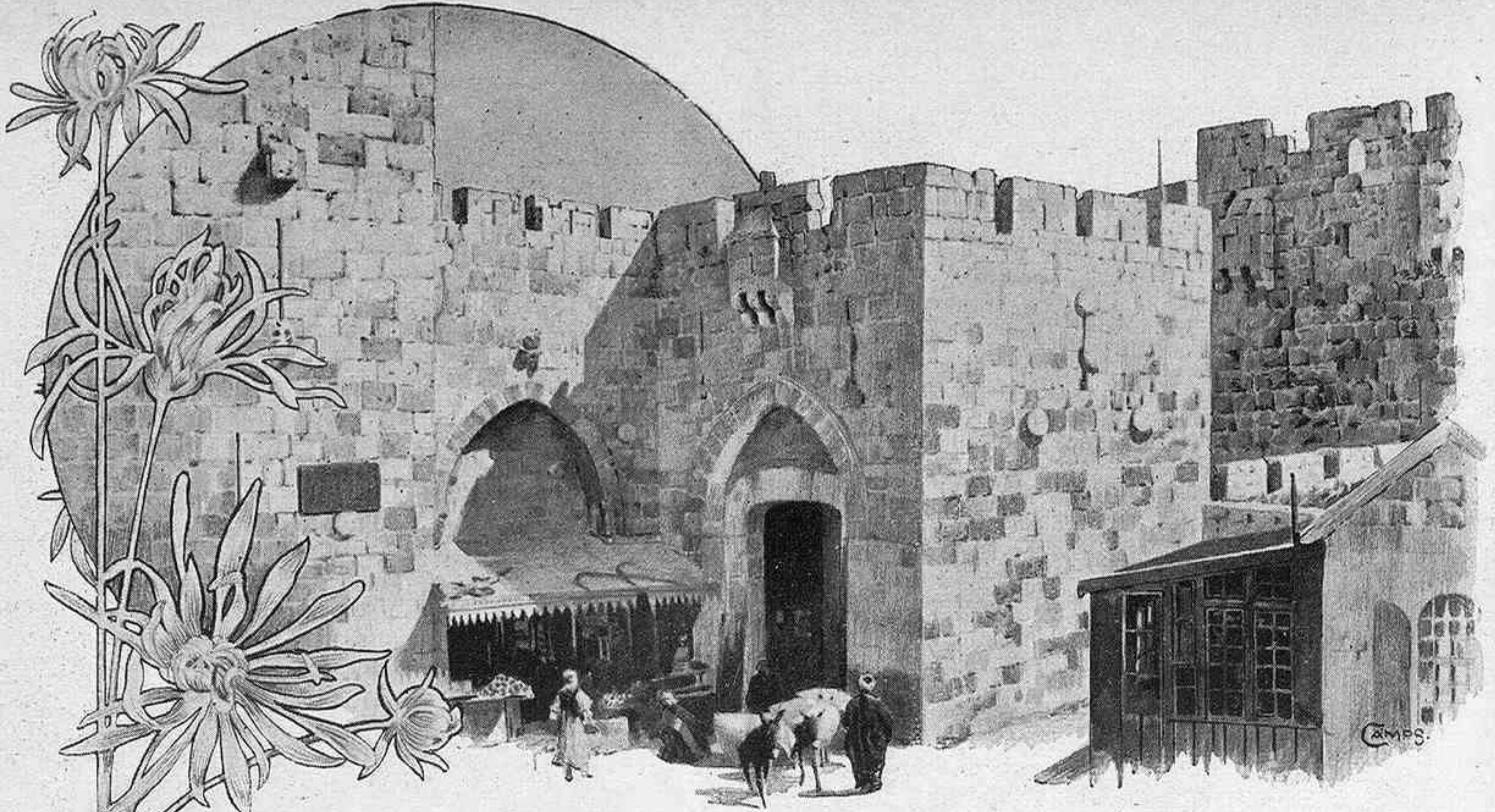


PLUMA y LAPIZ



NÚM. 74



PUERTA DE JAFFA.—(JERUSALÉN).

LA FIESTA DE LOS RAMOS

Ahí le tenéis. Miradle. Todo humildad, todo compasión, todo cariño, todo indulgencia; los poderosos le temen, los desgraciados le imploran, los niños le aman y los que le infaman se confunden.

Ya llega. Vedle.

Cabalgando en una pollina, rodeado de sus discípulos, la multitud le aclama con entusiasmo.

¡Hosanna! ¡Hosanna! — gritan hombres, mujeres y niños, arrojando sobre el camino sus mantos, sus vestidos, para que sirvan de alfombra al que se acerca.

La juncia, el tomillo y el romero llenan el ambiente de purísima fragancia.

Ramos de olivo y de palmera forman ondulantes arcos, bajo los cuales va pasando el que llega en nombre del Señor. Ya está próximo á las puertas de Jerusalén. La gritería aumenta, el entusiasmo crece, la multitud es más compacta, más espeso el bosque de palmas y olivos.

¡Hosanna! ¡Hosanna! — dice aquel alarido inmenso, lanzado por una muchedumbre delirante.

¡Crucifícale! ¡Crucifícale! — gritará dentro de poco aquella misma muchedumbre, en el delirio de la cólera y el odio. Porque no hay nada tan tornadizo y tan inconstante como la voz de las muchedumbres.

El ídolo que hoy ensalzan, mañana lo destruyen sin piedad. ¡Qué delirante alegría la de aquel pueblo!

En cambio, en el que recibe tan gran homenaje ¡qué suprema serenidad! ¡qué inefable dulzura!

Camina hacia la muerte, y sin embargo, sonríe. Las profecías debían cumplirse. Lo que estaba escrito había de realizarse.

¿Le véis bien? Ya está más cerca.

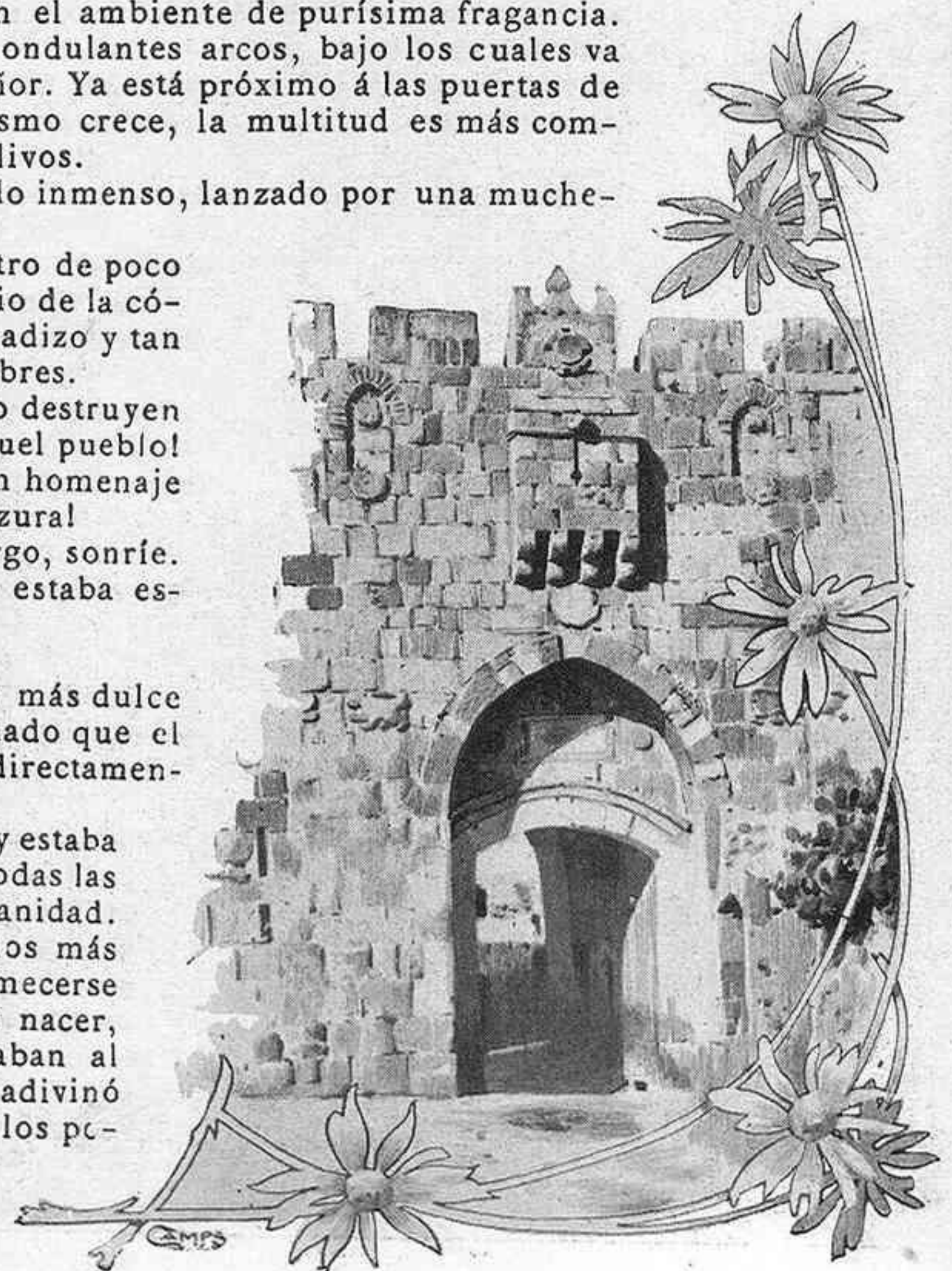
¿Quién es ese hombre cuya mirada es más dulce que la miel, cuyo aliento es más perfumado que el incienso y el áloes, y cuyas palabras van directamente á curar las heridas del alma?

En el mayor desamparo había nacido, y estaba destinado á amparar todos los dolores, todas las lágrimas, todos los infortunios de la humanidad.

Pobre fué su origen, y sin embargo, los más poderosos de la tierra hubieron de estremecerse ante él de terror. Perseguido fué antes de nacer, y los tiranos que le persiguieron temblaban al pensar que no podrían destruirle. Niño, adivinó á los sabios; hombre, fué idolatrado por los pobres y aborrecido por los malvados.

Cadenas de hierro sujetaban la humanidad; cadenas forjadas por la tiranía, la ignorancia y la maldad.

Y gemían los pueblos bajo aquel triple azote, sin atreverse á levantar las abatidas cabezas.



PUERTA DE SAN ESTEBAN.—(JERUSALÉN).



FUENTE DE LA VIRGEN.—(NAZARETH).

Y no obstante, la sola palabra de Aquél que se aproxima á Jerusalén, humildemente montado en una pollina, quebranta las férreas cadenas, cura todos los dolores, enjuga todas las lágrimas y hace temblar á los déspotas y á los poderosos.

Y como ensalzaba á los humildes, los humildes le seguían.

Y como inculpaba á los soberbios, éstos le odiaban.

Donde quiera que su mirada se dirigía, vivísima luz iluminaba las tinieblas.

Porque en EL, residía la verdadera luz.

Dulce y suave su palabra, llegaba hasta el corazón como el rayo del sol atravesando la dura costra de la tierra, lleva el calor á la raíz de la planta.

Ya está ahí. Miradle.

La humanidad se regocija al verle, porque EL, llega para redimirla.

El mundo quiere ser esclavo. EL, derramando su sangre, le dará la libertad.

Ya sabéis quién es el que se acerca á la hija de Sión.

Por eso le aclama el pueblo diciendo:

¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Ya ha franqueado los muros de la ciudad. Ya está dentro de Jerusalén.

Ha entrado entre gritos de entusiasmo; de allí saldrá entre imprecaciones de muerte.

Con regocijo le han recibido; con regocijo también le verán subir al Calvario.

¡Desventurada de ti, Jerusalén! Mañana sola, abandonada, derruidos tus muros, flor marchita y destrozada ¿á dónde volverás tus ojos?

Las profecías debían cumplirse; y las profecías anunciaban el crimen y el castigo.

RAFAEL DEL CASTILLO



POZA DE LA SAMARITANA.—(JERUSALÉN).



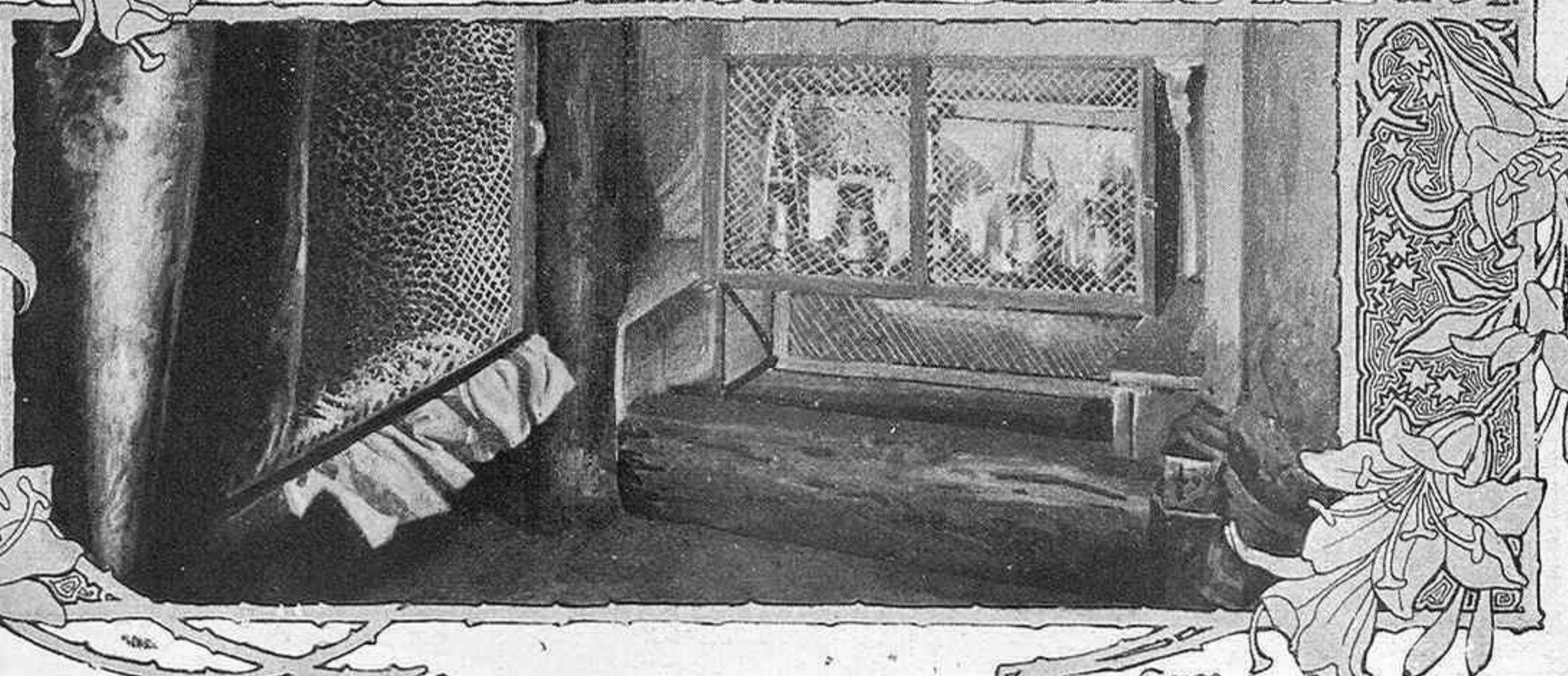
SENTENCIA

CONTRA JESÚS (1)

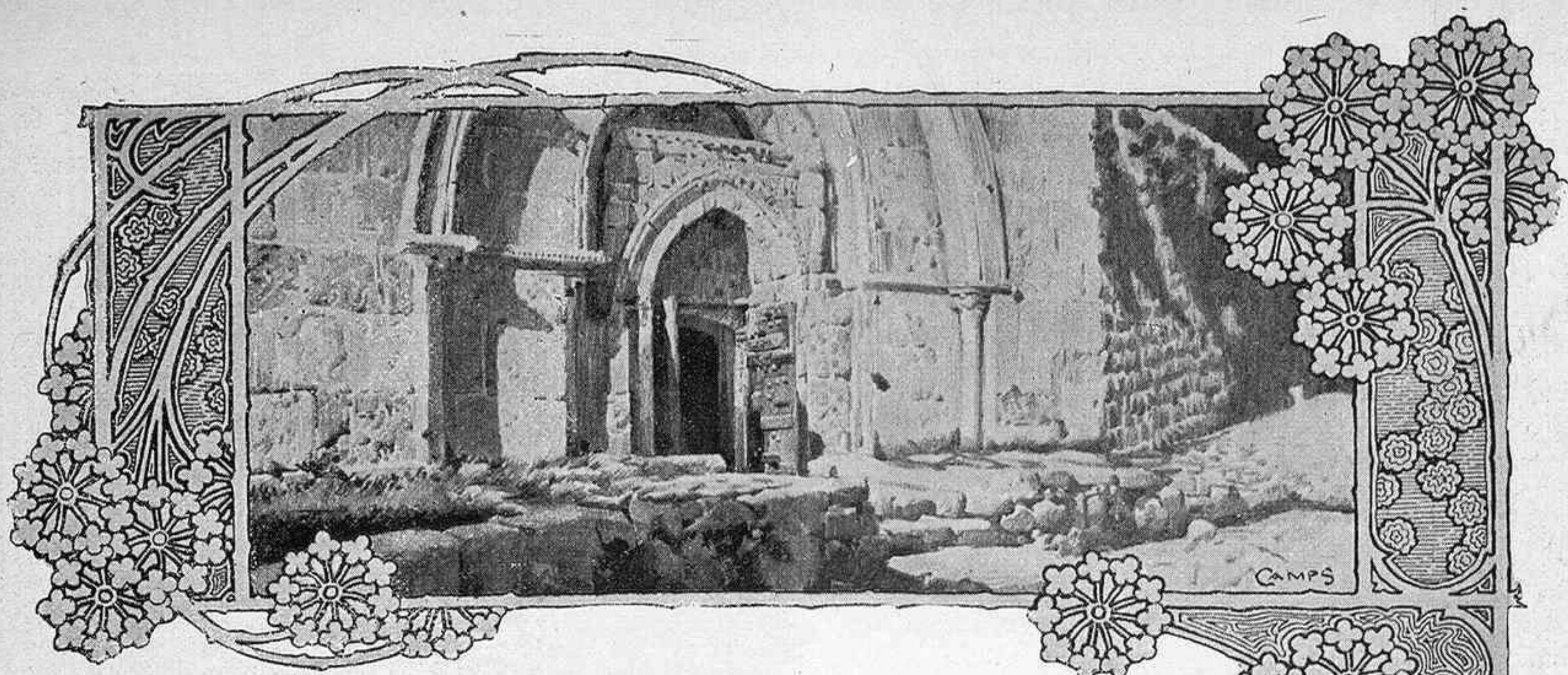
EN el año 19 de Tiberio César, emperador romano de todo el mundo, monarca invencible; en la Olimpiada 121, y en la Eliada 24, y de la creación del mundo, según el número y computamiento de los hebreos cuatro veces mil ciento ochenta y siete; de la pro genie del romano imperio el año 73, y de la liberación de la servidumbre de Babilonia el año 1207, siendo gobernador de Judea, Quinto Servio; y el regimiento y gobierno de Jerusalén, presidente gratisimo Poncio Pilato; regente de la baja Galilea, Herodes Antipa; pontífice, el sumo sacerdocio Caifás, Alís, Almad y Maqui, del templo de Robán, Anchabel, Franchino y Centauro, cónsules romanos, y la ciudad de Jerusalén, Quinto Cornelio Sublima y Sexto Pompilio Rusto: en el mes de Marzo el día 25 de él.

Yo Poncio Pilato, aquí presidente del imperio romano, dentro del palacio de la archiresidencia, juzgo, condeno y sentencio á muerte á Jesús, llamado de la plebe Cristo Nazareno, y de patria galileo, hombre sedicioso de la ley moisená, contrario al grande emperador Tiberio

(1) Esta sentencia es copia de otra que en pergamino se encontró el año 1500, en el Archivo de Nápoles. No debe perderse de vista que la original fué redactada por Anás, según testimonio de los cronistas más autorizados, firmada por su yerno Caifás y sin el visto bueno del pretor romano Poncio Pilato. — N. de la R.



LA CUEVA DEL NACIMIENTO. — BETHLÉM.



TUMBA DE LA VIRGEN. — JERUSALÉN.

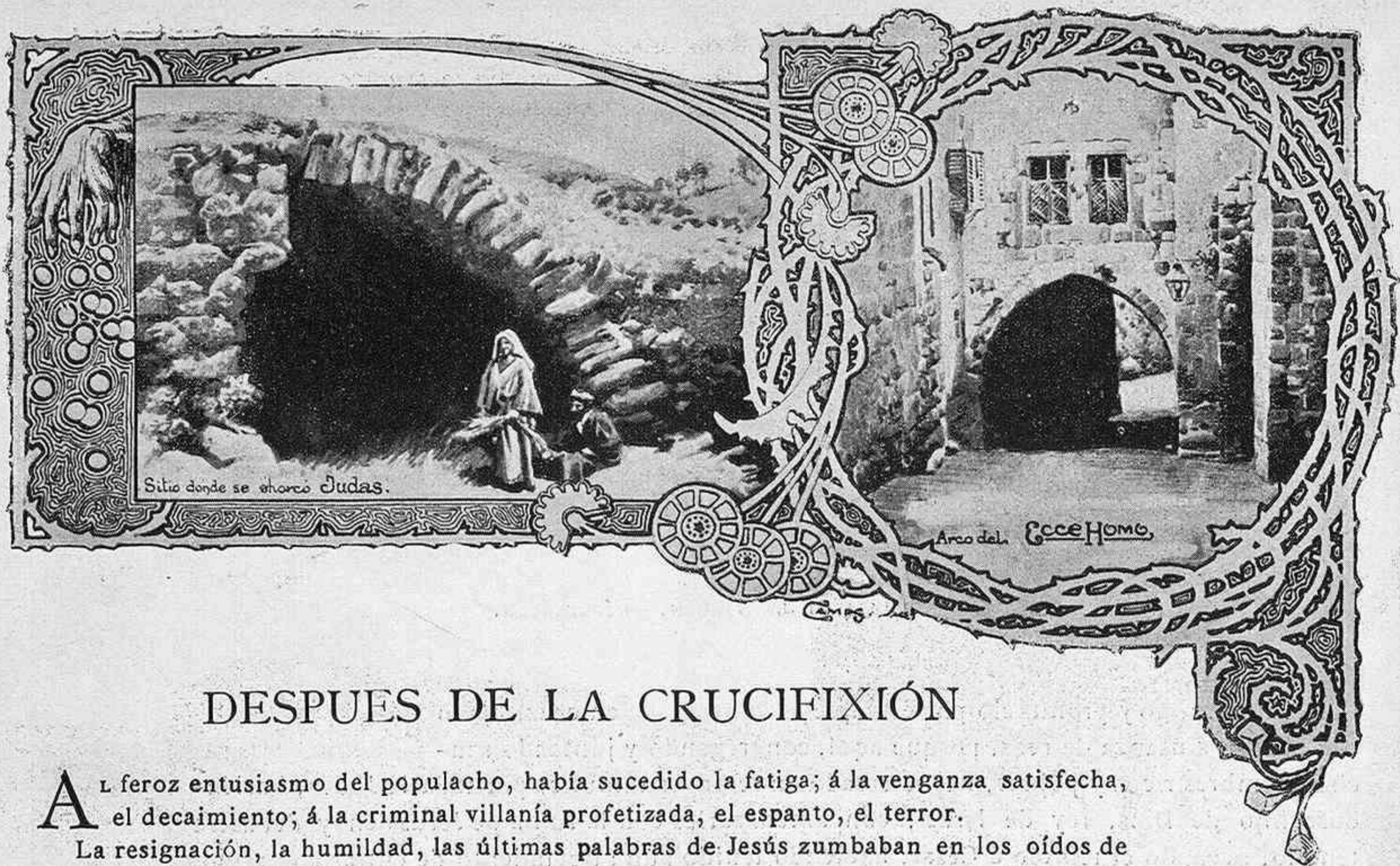
César. Determino y pronuncio por ésta que su muerte sea en cruz, fijado con clavos, á usanza de reos, porque aquí, congregando y juntando muchos hombres ricos y pobres, no ha cesado en remover tumultos por toda la Judea, haciéndose hijo de Dios, rey de Israel, con amenazarles con la ruina de Jerusalén y del sacro templo, negando el templo á César, habiendo tenido aún atrevimiento de entrar con ramos y triunfo y con parte de la plebe dentro de la ciudad de Jerusalén y en el sacro templo. Y mando que se lleve por la ciudad de Jerusalén á Jesucristo ligado y azotado, y que sea vestido de púrpura y coronado de algunas espinas, con la propia cruz en los hombros, para que sea ejemplo á todos los malhechores y con él que sean llevados dos ladrones homicidas, y saldrán por la puerta Yagarda, ahora antolana, y que se lleve á Jesús al público Monte de Justicia, llamado Calvario, donde crucificado y muerto quede el cuerpo en la cruz, como espectáculo á todos los malvados, y sobre la cruz sea puesto el título en tres lenguas, hebrea, griega y latina:

Jesús Nazarennus, Rex Judeorum. Mando asimismo que ninguno de cualquier estado ó calidad que sea se atreva temerariamente á impedir la tal justicia por mí mandada, administrada y ejecutada con todo rigor según los decretos y leyes romanas y hebreas, so pena de rebelión al imperio romano.

Testigos de nuestra sentencia. — Por las doce tribus de Israel: Rabbain Daniel, Rabbain Joannin, Bomcar, Barbar-su, Lobí, Petuculani. — Por los fariseos: Ruliá, Simeón, Ronol, Rabbain, Mondaam, Boncurfosi. — Por los hebreos: Nitánbeta. — Por el imperio y presidente de Roma: Lucio Sextulio, Amasso Chilio.

Por la copia, G.





DESPUES DE LA CRUCIFIXIÓN

Al feroz entusiasmo del populacho, había sucedido la fatiga; á la venganza satisfecha, el decaimiento; á la criminal villanía profetizada, el espanto, el terror.

La resignación, la humildad, las últimas palabras de Jesús zumbaban en los oídos de toda aquella plebe sanguinaria y la reflexión movía sus conciencias y el aguijón del remordimiento las roía de un modo despiadado.

Aquella muchedumbre asquerosa, fanática, poco antes, por ver en la Cruz al Hijo de Dios, clavado, escarnecido y tratado como al peor de los criminales, aparecía anonadada, reflexiva, silenciosa, avergonzada de su obra. La fiebre de la venganza les había cegado hasta el punto de no ver en el que era blanco de su odio, al Mesías; la sugestión de los mercaderes les arrastró á la comisión del más horrendo de los crímenes, sin escuchar las palabras de los que en Jesús creían.

Pilatos, el mismo Pretor romano, mostróse rehacio en sentenciar al Nazareno; porque Este era inocente. Y sin embargo, le crucificaron, ensañándose en su Divino Cuerpo, como bestias feroces!...

Jerusalén yacía envuelta en siniestra obscuridad.

Sus habitantes descendían aterrados y silenciosos de la cumbre, al pie del Calvario, y con paso rápido apresurábanse á ganar sus casas, como el criminal que huye de la fatal desgracia que le persigue.

Un centurión, abriéndose paso por entre los que regresaban del monte, pálido el rostro y ardiente la mirada, avanza rápido hacia el palacio del Pretor, quien espera ansioso noticias exactas del horrendo drama.

—Afectado vienes, centurión, —dijo Pilatos, cuando el soldado estuvo en su presencia, — y, cualquiera diría que doscientas legiones se encuentran á la vista de Jerusalén, para vengar la muerte de Ese Justo, víctima de las furias del pueblo feroz y sanguinario.

—Las legiones vengadoras que dices ¡oh, Pretor! —repuso el soldado,—no consiguieran demudar mi rostro, ni sobrecoger mi ánimo. Tú me conoces... Pero la muerte del Nazareno... me ha causado tal impresión, que tiemblan mis carnes, y el pesar y el abatimiento han hecho de mí su presa.

—Habla, centurión; detállame cuanto pasó durante tu ausencia, sin omitir nada... Mas, cálmate antes.

—No puedo, Pretor.

—Estás temblando. ¿Tanto te apenó lo que presenciaste?

—Escúchame, y juzga por la impresión que va á causarte mi ligero relato... Cuando salimos de aquí, para dirigirnos al Calvario, Jesús, con la Cruz sobre los hombros, amoratadas sus carnes, sangrienta su vestidura... ¡Oh! ¡Daba compasión mirarle, y tú se la hubieras tenido!... El camino quedó regado con su sudor y su sangre, sin que su labio pronunciara una queja, á pesar de que á menudo chocaba su frente con la dura roca... Su desdichada madre, desolada, dolorida, al ver el ensangrentado rostro de su Hijo, entre sollozos que partían el alma, pedía perdón para El... ¡Como si hubiera delinquido!; y... las burlas, los dicterios más soeces eran las respuestas que obtenía! ¡No hay frases para explicar su espantosa tortura...! Una mujer, apiadada de Jesús, se le acercó, y con la toca secóle el rostro, y su imagen en el lienzo quedó impresa... Una vez que estuvimos en la cumbre del Calvario, y al arrancar la túnica al Nazareno, trozos de carne la seguían... Por fin, entre salvajes aullidos, fué clavado en la Cruz, cuyos pies regaba con amargo llanto su desdichada madre... De pronto, una tétrica obscuridad envolvió todo el monte; y al exhalar Jesús el postrer aliento, zumbó el huracán, retumbó fragoroso el trueno, se estremeció la tierra... ¡Oh! ¡Qué momento! ¡Cuánto valor necesité para arrosarlo! Créeme; en aquellos instantes el más duro hubiese llorado, y temblado el más sereno, cual tiemblo yo

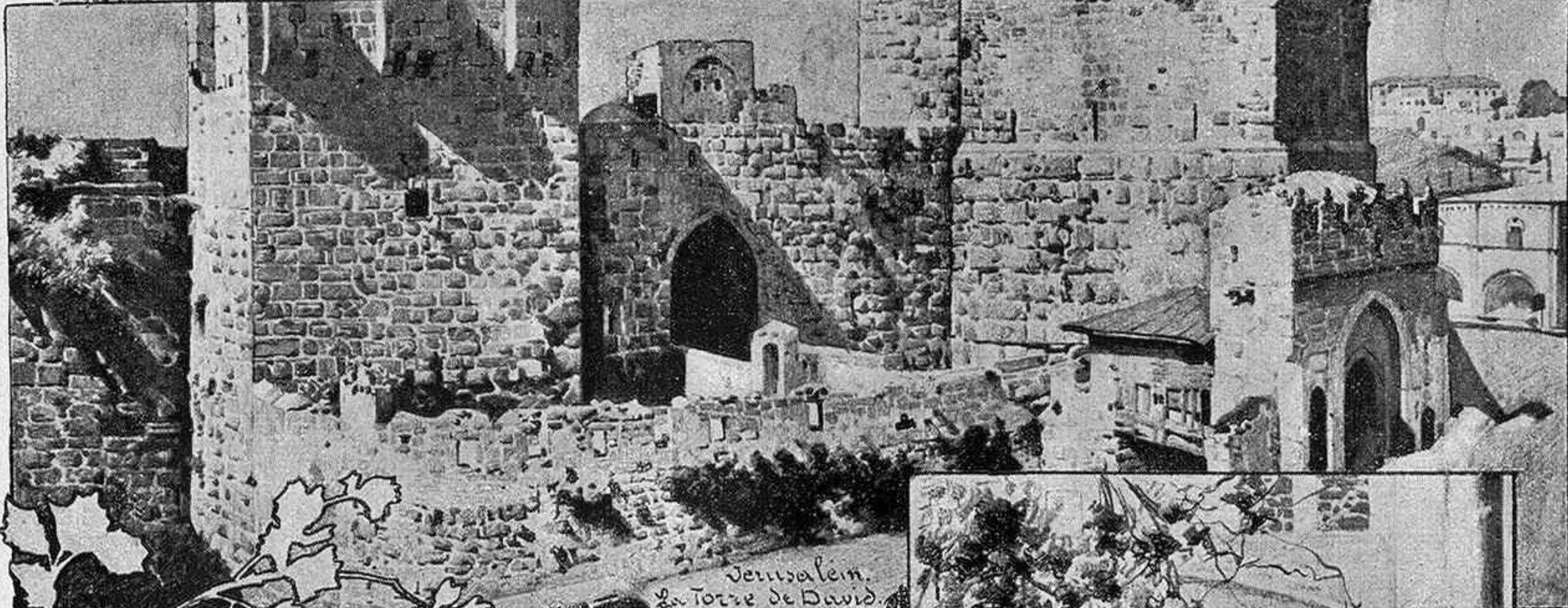


Calle del Palacio de Herod

ahora mismo.. El ciego Longinos empuñó la lanza... acercóse á la Cruz, hundió la acerada punta en el costado del Nazareno y con las manos tintas en sangre lavóse los ojos, que de ciegos volvieron á la luz. . Lleno de asombro, postróse ante el Crucificado gritando: «¡Oh! ¡Este es el Mesías! ¡Perdóname Señor!» .. Y yo, fascinado por tanta maravilla, postréme, sin darme cuenta de ello, ante Aquel cuya palabra, quebrantó las piedras, y cuya muerte ahuyentó el día, apagando la luz de los astros... ¡Pretor! Ese hombre... era inocente; se le ha asesinado; y tú y todos...

—¡Oh! ¡basta!—exclamó Pilatos, dejándose caer abatido sobre un sitial, — ¡basta! que la tenaza del dolor me tiene estrujado el corazón... ¡Cobarde...! sí; ¡cobardel... Yo me acuso de haberlo sido, cuando firmé la sentencia de Jesús, que será mi eterno remordimiento...

R. B. GIRÓN



Jerusalén. La Torre de David.

PADRE NUESTRO

Padre nuestro que estás allá en el cielo, santificado el nombre tuyo sea, venga tu reino á nos y el hombre vea en tu reino su fin y su consuelo. En la tierra se haga con anhelo su voluntad, que al Universo crea, así como en el cielo que rodea tu excelso trono al amoroso celo. Dámosle hoy el pan de cada día y así como nosotros perdonamos á nuestros ofensores, la cuantía, perdona de las nuestras que te hagamos. En tentación no dejes que caigamos, y líbranos de mal con mano pía.

GONZALO DE CERRAJERÍA



Camps.

ESCALERA DEL SANTO SEPULCRO.



VÍA DOLOROSA. — JERUSALÉN.

BETHLEM.

EL RÍO JORDÁN. — PALESTINA.



Lugar de la Transfiguración del Señor en el Monte Thabor.

RECUERDOS DE LA PASIÓN

AL llegar la hora en que el Hijo del Hombre había de ser entregado en las manos de los pecadores, salió del cenáculo, atravesando el torrente Cedrón, y saliendo al monte del Olivar, se dirige al huerto de Gethsemaní.

Allí fué atormentado por una tristeza tal, que inundó toda su alma.

Todos los pecados de los hombres se le representaron, pues que cargó con todos ellos.

Vió el mundo todo entregado al vértigo del error.

Oprimido su corazón con el gravísimo peso de los pecados del mundo, miró con los ojos de su consideración á cada pecador, los vió á todos, y cada uno de nosotros hizo en su corazón una llaga de tristeza.

Todos los tormentos de su Pasión se presentaron á la vez á su angustiado espíritu.

A poderado su espíritu de la angustia, se dirige á su Padre, y con un acento tristísimo y desconsolado, le dice:—¡Padre mío! Yo os pido os compadezcáis de este hijo engendrado en vuestro mismo seno; y que si es posible, apartéis de mí este cáliz tan amargo que se me presenta: *Pater, si possibile est, transeat á me calix iste.*

Pidiendo Jesús al Padre aparte de él, si es posible, el cáliz de su pasión, quiere mostrar que lo recibe por obediencia, y termina su oración con estas palabras:—No se cumple, Padre mío, mi voluntad, sino la vuestra: *non mea voluntas, sed tua, fiat.*

Desconsoladísimo el divino Nazareno, su rostro se cubre de palidez mortal: su cuerpo se rinde por la agonia, y la sangre sale por todos los poros de su carne como un sudor copioso. Con ella tiñe sus vestidos y empapa la tierra.

Todo está en silencio; agitados por el viento los olivos del monte, el susurro de las aguas del torrente y la opaca luz de la luna, acompañan al Salvador, que permanece de rodillas, derramando lágrimas y exhalando suspiros.

Allí mismo hubiera expirado, si un Angel no hubiese bajado para confortarle.

Aquel Angel le pidió en nombre del Padre Eterno, que bebiese el cáliz y acabase la obra de la Redención.

—Yo lo beberé, — dijo Jesús, — pues que vine al mundo para cumplir la voluntad de mi Padre, según de mí se escribió en la primer hoja del libro de los eternos decretos.

Y confortado el Nazareno con los consuelos del Angel, se preparó para la Pasión.

II

Los Apóstoles quedaron dormidos en el huerto, y de su profundo sueño no pudo sacarlos el Maestro, aunque por tres veces los llamó.

Y una turba de soldados penetra en silencio por entre los riscos y breñas de aquel monte solitario y sombrío.

¿Quién es el jefe de aquella tropa?

Es un Apóstol, testigo de los milagros de Jesucristo, y á quien Jesucristo, en prueba de su amor, acababa de lavarle los pies y alimentarlo con su carne divina.

Judas se acerca á Jesús, le saluda con una blanda sonrisa y le da con sus labios inmundos aquel ósculo pérfido, que era la señal para prenderle.

El Salvador pudo exterminar al traidor con un soplo de su boca, pero sólo abre sus labios para decirle:— Amigo, ¿á qué has venido? ¿con un ósculo entregas al Hijo del Hombre?

Jesús está ya cercado de sus enemigos. San Pedro saca su espada y acomete á los soldados, hiriendo á un criado del Pontífice.

Jesús sana al herido, reprende á Pedro, y huyendo los Apóstoles, queda el Salvador en poder de sus enemigos

¡Qué tristeza la del Redentor, al ver que todos los suyos le abandonan!

Aprisionado por cordeles y atadas las manos á la espalda, oprimido su cuello con una argolla y ligado su cuerpo con una cadena, fué conducido Jesús á Jerusalén.

III

Caifás había resuelto inmolár á su odio al Nazareno, encontrando, en falsos testigos, un pretexto para su fallo.

—Yo,—dice Jesús, interrogado,— he enseñado siempre en la Sinagoga y en el Templo, y en oculto nada he hablado; pregunta, pues, á los que me han oído.

Esta respuesta, redujo al silencio á los acusadores y cubrió de confusión á los jueces: pero un criado del Pontífice da una cruel bofetada al reo, diciéndole:—*sic respondes Pontifici?*

Y Jesús respondió:—*Si male locutus sum, testimonium perhibe de malo; si autem bene, cur me cedis?*

El Sumo Sacerdote se levanta de su asiento, y no desmintiendo su impiedad, invoca hipócritamente al mismo Dios, y dice al reo:—Responde si tú eres el Cristo, Hijo de Dios.

Jesucristo, dice:—Tú lo has dicho,— y Caifás, rasga sus vestiduras en un acceso de furor, y exclama:—*blasphemavit*: ha blasfemado.

Y dictando él mismo la sentencia, hace á todos los jueces que declaren á Jesús, reo de muerte, como blasfemo.

El rostro del Salvador, recibe crueles bofetadas, burlas atroces que le hacen los judíos, llegando su osadía hasta vendarle los ojos con un vil andrajo, y decirle con mofa, *profetiza*, adivina quién te ha herido.

Esperábase con ansia la luz del siguiente día. Llegó, y en él fué conducido al tribunal de un príncipe insensato, para ser en él despreciado como demente.

IV

Desde casa de Caifás, fué llevado Jesús al Pretorio, donde residía el magistrado romano. Pero asegurado éste por las respuestas del Salvador, de que nada debía temerse de un Rey, cuyo reino no era de este mundo, despreció la acusación de los judíos, declaró la inocencia del reo, y por ser éste galileo, se lo remitió á Herodes.

Herodes preguntó á Jesús, pero Jesús nada respondió.

Este príncipe, no cree al Salvador culpable como Caifás, pero tratándole de insensato, le viste de una túnica blanca, como un demente, que sólo merece burlas y desprecios. De este modo fué llevado de Herodes á Pilatos.

Pilatos, aunque idólatra, era más religioso que el pontífice de los judíos; y aunque gentil, era más ilustrado que el príncipe de los hijos de Abraham.

Conservaban los judíos el privilegio de dar libertad á un preso en la Pascua, y para hacerlo recaer en el Nazareno, Pilatos presentó á Jesús y á Barrabás. Barrabás era asesino, cruel, ladrón y sedicioso. No obstante, los judíos pidieron la libertad del infame y la muerte de Jesús.

¡Cuántas veces decimos en nuestro corazón, viva Barrabás y muera Jesucristo!

Pilatos quiere aplacar al pueblo, y para saciar la sed de sangre que tenían los judíos, condena al Nazareno á una cruel flagelación.

Jesucristo, atado á una columna, desnudo, recibe multitud de golpes sobre sus espaldas; su sangre preciosa salta por el aire, y, como dice San Bernardo, se hizo una sola liaga todo su cuerpo.

La justicia de Dios no se da por satisfecha: el orgullo del hombre, pide aún más humillación.

Cesaron los azotes.

La ingrata Sinagoga, formó, de agudas espinas una diadema para coronar al Salvador. Con esta corona es traspasada su sacratísima cabeza, y sentado en un banco, le ponen en sus manos una débil caña por cetro, y con signos ridículos y groseras mofas, le saludan con burla como Rey de los Judíos.

«Esta corona es el más cruel de sus tormentos,» dice San León; «esta ridícula ceremonia es el mayor de sus escarnios,» dice San Buenaventura; «este vasallaje burlesco es la consumación de sus humillaciones,» dice San Ambrosio.

Pilatos, presenta al pueblo á Jesús en este estado, capaz de excitar la compasión del corazón más insensible.

El furor del pueblo no se calma; crece el tumulto y los judíos gritan:—¡crucifícale! ¡Si así no lo haces, eres enemigo del César!

Pilatos ya no escucha las leyes de la justicia, ni el grito de su conciencia, y lavando sus manos por una vana ceremonia, condena al Salvador á muerte de cruz.

V

Los judíos, pronunciada la sentencia, se apoderan con furor de la persona de Jesús, y como leones rugientes, y como lobos hambrientos, acometen al cordero.

Y los ojos del mundo se fijaron en la puerta del pretorio de Pilatos.

Con pie trémulo,—decía San Buenaventura,—me acerco yo allí, descubro el patio donde ha sido azotado el reo, veo un lago de sangre en el suelo, tiemblo de pavor y de espanto, quiero ver al Nazareno y me aseguran que por aquella puerta, muy en breve le van á sacar para quitarle la vida.

Un inmenso gentío, que ocupa la plaza, se alborota, alza la voz, y dice:— ¡Sal fuera, seductor, hijo de Belial! ¡sal pronto y ve á pagar tus delitos!—A estas voces, —prosigue San Buenaventura,— en medio de una soldadesca insolente, rodeado de ministros de justicia, y cercado de un populacho frenético, yo veo un hombre descalzo, coronado de espinas, descompuesto el cabello, cubierto su rostro de sangre, de salivas y de lodo, y doblando su cuerpo con el enorme peso de una cruz, tirando de él, para acelerarle el paso, con una soga que le aprisiona con dos vueltas por la garganta.

Jesucristo prosigue su camino; pero extenuado por la falta de sangre que derrama, y debilitado por los tormentos que sufre, cae en tierra, abrumado con el enorme peso de la cruz.

VI

El divino Salvador, llegó con su cruz al Cógota.

Nadie hay en los cielos ni en la tierra, que con ojos enjutos sea capaz de resistir la escena que se presenta en el Calvario. Allí,—dice San Anselmo,—se ven tales cosas,



se oyen tales blasfemias, y se presencian tales desacatos con el Hombre-Dios que, por no verlos, cubrieron su rostro los serafines, se pegaron con el polvo las potestades del cielo, y el Eterno Padre volvió la cara á otro lado, para no verse en la precisión de desnudar el globo con su mano omnipotente. Allí verdugos infames desnudan de sus vestiduras al segundo Adán, y éste sufre la confusión de su desnudez, para llevar en sí mismo la pena del crimen que causó la vergüenza del primero. Allí Jesús se redimía en la cruz, para que en la cruz esté siempre la vida, la salud y la resurrección nuestra. Allí, El se postra en aquel lecho de dolor, para que todo paralítico se levante, tome su lecho y quede sano.

Tendido Jesús sobre la cruz, el monte todo retiembla con los redoblados golpes de martillo, á cuyo fuerte impulso, agudos clavos traspasan aquellas manos que fabricaron los cielos, y aquellos pies que habían corrido por toda la Palestina, para evangelizar la paz y para franquear bienes eternos.

Clavado en la cruz, es levantado en alto y dejado caer en un hoyo, con un sacudimiento tan violento, —dice San Buenaventura,— que le hace perder el sentido y renueva todas sus llagas.

La boca de Jesús se abre, para unir su voz con los clamores de su sangre, é implorar de su Padre el perdón para los mismos que le han crucificado. No importa que ellos, á esa ternura, correspondan con nuevos insultos.

—Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz,—le dicen,—y creeremos en ti...

La lluvia voluntaria de remisión y de indulgencia que derrama el Salvador sobre su heredad, alcanza para todos, aun para aquellos que le insultan y blasfeman.

Si el hombre pecó con todos sus sentidos, en Jesús no hubo sentido que no padeciera.

Sus oídos son atormentados con horribles blasfemias; sus ojos se afligen al ver á aquel infeliz ladrón, que muere desesperado junto á El, en el momento mismo en que El muere para salvarlo; al ver á su tierna Madre, que está en pie, junto al palo de la cruz, desconsolada y tristísima. Su lengua es preciso también que sufra un particular tormento, y lo sufre, aceptando el vinagre, mezclado con hiel, que le presentan sus verdugos en una esponja, para templar aquella sed cruelísima que abrasa sus entrañas. Sufrir, en fin, este Hombre-Dios en la cruz, todos los tormentos y suplicios; y, al mismo tiempo, su alma desolada sufre el más acerbo desconsuelo, por el desamparo de su Padre.

Cristo Jesús, desde lo alto de la cruz, registra con su mente el libro de los eternos decretos, y después que está cierto del cumplimiento de todos, abre sus labios, justifica su persona, se despide del mundo y testifica el cumplimiento de su misión y la consumación de su obra. *Consummatum est.*

El Hombre-Dios, apura la copa de su mortal agonía.

Un velo fúnebre, cubre á Jesús los brillantes atributos de su divinidad; y la muerte, enroscada en el palo de la cruz, sube por él, ufana con la victoria que va á conseguir del Autor de la vida. El mundo todo espera en silencio el último aliento de Jesús, y todos los hombres tienen sus ojos fijos en el Crucificado.

Jesús inclina su cabeza sobre el pecho; y como si en esta acción



CAMPESINAS DE JERUSALÉN.



DOMINGO DE RAMOS.

hubiese dado al universo la señal de las convulsiones, el sol se oscurece, el velo del templo se rasga, las piedras se parten, la tierra se sacude con violencia, se abren los sepulcros; un obscuro torbellino envuelve todo el Gólgota y Jerusalén, en medio del día, aparece toda cual tierra tenebrosa envuelta en el horror de la más espantosa lóbreguez. En esta crisis, sorprendente á toda la naturaleza; en medio de este duelo universal, Jesús comienza á estremecer y á sentir deliquios y congojas mortales. Sus ojos ya están quebrados, y su rostro divino, aparece con aquella palidez mústia precursora inmediata de la muerte. El pecho ya se levanta; la respiración cesa, sus nervios están convulsos; su cuerpo se ha desplomado ya hacia su centro y exhala el último suspiro.

A. ARAGÓN FERNÁNDEZ
Misionero Apostólico.

LA CORONA

(FACETA).

Las tinieblas aumentan la soledad de los arenales. Zobir, tendido junto á su yegua, sueña. Sueña que un ángel, bajado del séptimo paraíso, refresca con sus alas el aire, y le dice:

«Eres el muchacho más apuesto y más arrojado que atraviesa el desierto. También eres el mejor. Allah se ha fijado en ti, y quiere llevarte á su lado. Pero para ello, precisa que en todo te muestres digno de El. Una grande y noble acción ha de ser el término de tu carrera. Y para que, aún viviendo esta vida, sepas que has merecido la bienaventuranza eterna, fíjate en el cielo. Cuando veas brillar en él una corona de luz, tu gloria es cierta.»

La visión se desvaneció en el espacio, y Zobir despertó. El creyente fué feliz desde aquel instante, porque no dudó de la aparición divina.

Montó á caballo, y á la madrugada había llegado á un oasis, donde siglos atrás se detenían las caravanas que van de Alhaitú á la Meca. Esmeralda engarzada sobre el oro candente de la arena, sin causa alguna aparente, se había secado el manantial que alimentaba su verdor. Cientos de hombres y camellos, fatigados y sedientos, contemplaban seco el antiguo cauce y se preparaban á morir.

El mancebo examina la fuente agotada, ve la angustia y la desesperación retratadas en el semblante de sus compatriotas, y, movido de súbita inspiración, manda cavar junto á un montón de grandes pedruscos. La faena es ruda, y á las pocas horas, todos los viandantes renuncian á ella.

Tendidos sobre la arena, esperan la muerte. Zobir trabaja sin descanso, dentro del hoyo abierto. Al ahondar, siente una sensación de frescura. Allí está el agua.

Pero las delicadas manos sangran, el cuerpo se rinde, los músculos se niegan á obedecer á la voluntad. El también está próximo á morir. Pero ¿van á perecer todas aquellas criaturas?

«¡En nombre de Dios, Clemente y Misericordioso!...»

El pico se hunde en una quiebra de la roca. Pero ésta es enorme. Sin embargo, diríase que cede al impulso de una fuerza interna.

«¡El Fuerte, el Poderoso!...»

Zobir redobla sus esfuerzos, y la piedra parece vacilar sobre su alvéolo.

«¡Señor del universo y de los hombres!...»

La piedra queda volcada.

—¡Agua! ¡Agua! —claman con infinita alegría los sedientos.

Y todos, hombres y camellos, se precipitan hacia el chorro que se eleva verticalmente y cae después, en cascada refrescante y salvadora. Pero la roca, al perder su equilibrio, ha aplastado al que la descujó.

Zobir alienta aún; pero la muerte se acerca, le va á estrechar entre sus brazos para la eterna huida.

Antes de morir, el noble muchacho contempla como sacian su sed los hombres y las bestias que ha salvado de una muerte segura. Sus ojos abrazan después el ancho cielo. Alrededor del sol, fulgura un círculo diamantino, con los siete colores del arco iris.

—¡La corona! — murmura. Y sus ojos se cierran, llevando impresa en la retina la esplendente imagen de un halo centelleante.



DONCELLA DE NAPLOUSE.



BEDUINO DEL DESIERTO.

Dibujos de GASPARD CAMPS y S. TUSSELL.

EL LEGADO DEL GÓLGOTA

La luz solar muriendo en pleno día,
el astro de la noche macilento,
perdido el resplandor; negra y sombría
una nube velando el firmamento;
bramando el huracán; fosforescente
el cárdeno relámpago; estridente
el ronco trueno con fragor rugía;
y, presa el seno de un pavor ignoto,
al primer estertor del terremoto
la deícida Sión se estremecía.

En la cima del Gólgota, pendiente
de aquel madero, por su sangre, santo,
el Supremo Hacedor Omnipotente
por amor á los hombres expiraba.
Los dulcísimos ojos por el llanto
nublados y el dolor, el pecho yerto
ya de tanto sufrir, al pie lloraba
de aquella cruz la desolada Madre
del Hombre-Dios; y, al divisarle muerto,
desgarraba su alma aquel cariño
de una Madre tan santa al Sacro Niño.

¡Juzgad de su dolor, madres!... Miróle
Jesús al expirar, y el sufrimiento
aquel, más que los suyos conmovióle.
Con temblorosa voz, débil acento,
«Aquí tienes á Juan; Madre,» le dijo:
«Ella es tu Madre, Juan; él es tu Hijo:»
y suspiró la súplica postrera
á su Padre Eternal, cerró los ojos...
tembló en su eje la terrena esfera;
tinieblas, noche, tempestad y estrago
brotaron con furor desconocido;
crugieron con fragor los montes rotos;
de las centellas al reflejo vago,
de los hórridos truenos al rugido,
temió el mundo rodar á los ignotos
hórridos senos, de letal entrada,
y hundirse entre las sombras de la nada.

Los siglos tras los siglos han pasado,
y desde tu alto trono, Madre mía,
siempre piadosa cumples el legado
que tu Hijo al expirar te hizo aquel día.
Emblema de pureza, sin pasiones
más que las puras para el bien creadas,
eres el terso espejo donde mira
el orbe las virtudes reflejadas;

pues todas, una á una,
en tu larga existencia las admira,
va de madre en tus horas desdichadas,
ya cuando, sonriente la fortuna,
te dejaba con plácido embeleso
mecer tu Niño y adormirle un beso.

Tu culto y tus altares
esparcen la virtud y la pureza
que al seno va á irradiar de los hogares;
al niño, cuando empieza
á desplegar el labio balbuciente
que no emite palabras todavía,
la madre con fe ardiente
le enseña ya tu nombre y á porfía
á tu sagrado escudo le confía:
la púdica doncella y el anciano,
la viuda desolada,
el robusto varón, van á tu templo,
y miran su existencia confortada
de tu vida y virtud con el ejemplo.

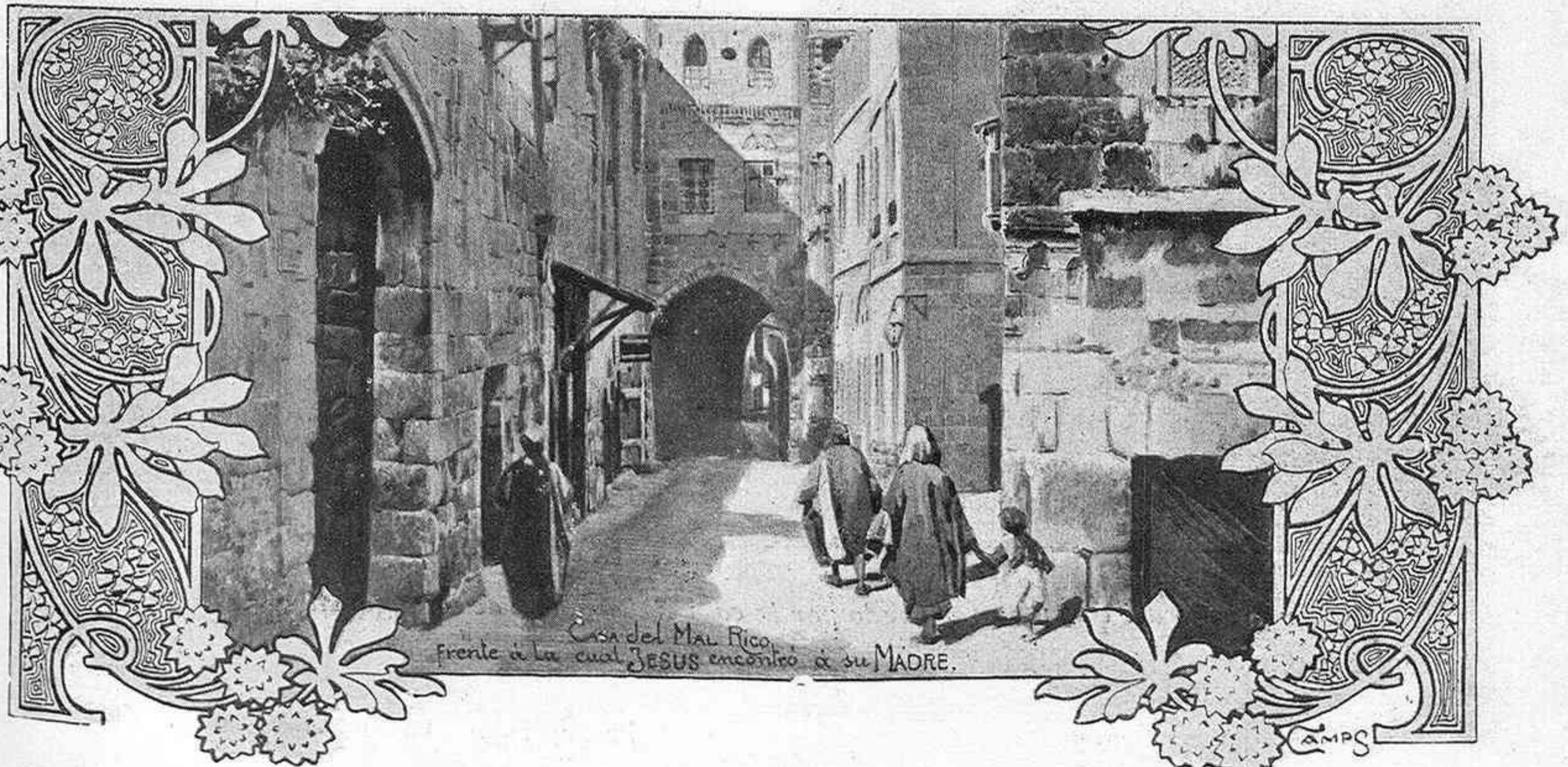
A tu nombre bendito
las más fuertes pasiones rencorosas
sus negras alas baten presurosas...
y tiembla la impiedad y huye... el delito.

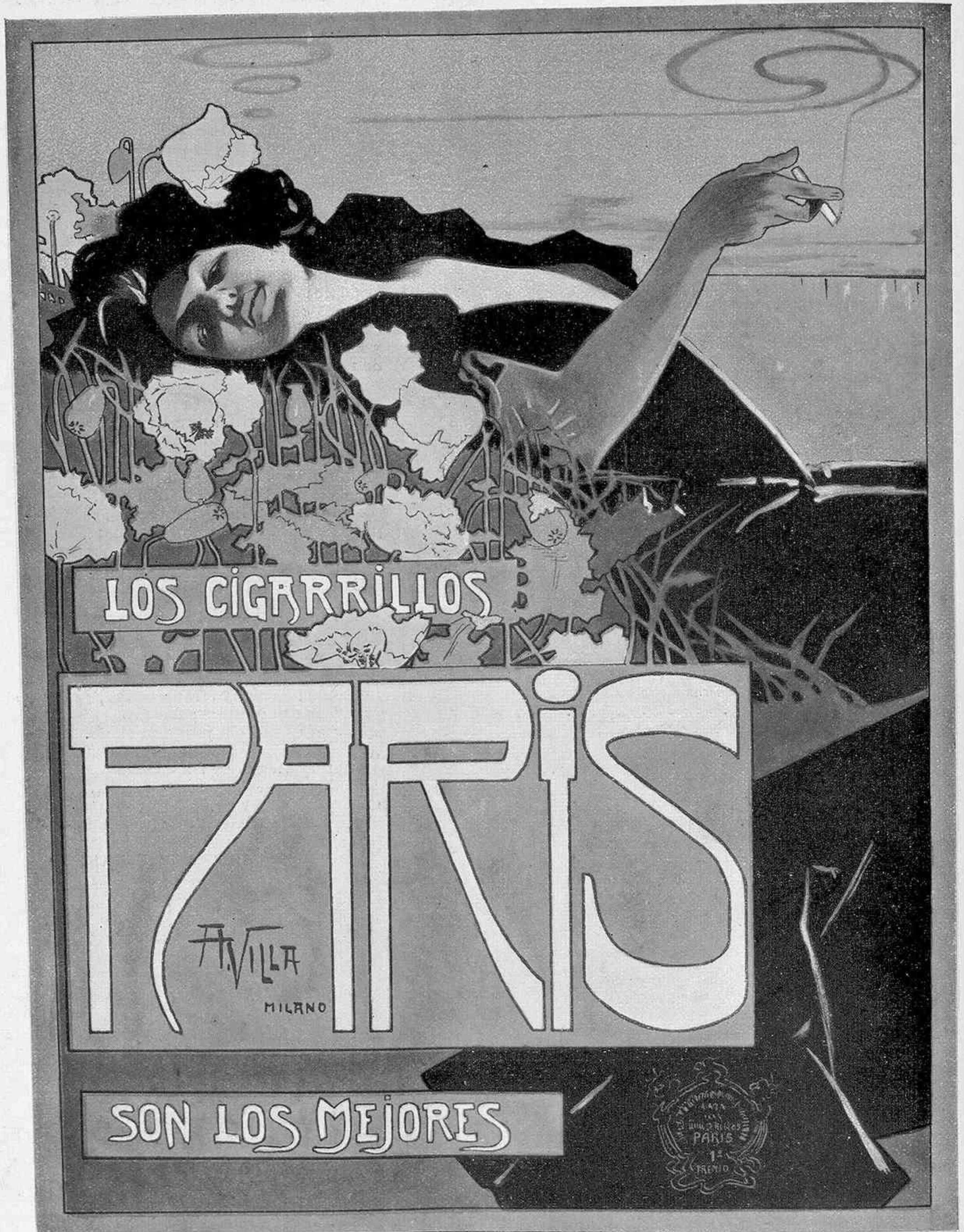
Santa Madre de Dios, Madre querida,
no nos dejes jamás; y si el pecado
alza la faz y el pecador te olvida,...
recordando del Gólgota el legado,
ruega, Madre, por él compadecida;
porque el mejor florón de tu corona
es tu dulce piedad: tenla y perdona.

España en Ti confía; Imaculada
Reina del cielo, santa Protectora
de la hispana nación, aún te saluda
ronco el cañón al despuntar la aurora
del día de tu fiesta venerada;
todo Aragón en tu Pilar se escuda
y Cataluña en Montserrat te adora,
y se invoca tu nombre soberano
en vasco, en catalán y en castellano.

Haz que se invoque siempre; y si algún día
el infernal dragón su faz levanta
y tiende el vuelo de su saña impía,...
huella su frente y su poder quebranta;
para que España siempre, Madre mía,
diga al pie de tu altar: *Ave María*.

MANUEL DE MATA Y MANEJA





Primer premio del concurso verificado por la casa elaboradora de los cigarrillos «Paris».

SERIE 2.^a

NÚM. 13